EL TEATRO
MODERNO

10243

IGNACIO SANCHEZ MEGIA

SIN RAZÓN

10

50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Ignacio Sánchez Mejía

SINRAZON

JUGUETE TRÁGICO EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Calderón, de Madrid, el día 24 de marzo de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 9-VI-1928 NÚM. 145

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Reina...	*María Guerrero López.*
Sor Ursula...	*Joaquina Almarche.*
La Marquesa...	*Socorro González.*
Sor Victoria...	*Margot Casado.*
La Duquesa...	*Josefina Taboada.*
Don Manuel...	*Fernando Díaz de Mendoza Guerrero.*
Capitán...	*Ricardo Yuste.*
Ballina...	*Carlos Díaz de Mendoza Guerrero.*
Marchena...	*José Capilla.*
El Obispo...	*Carlos Casterot.*
Carrasco...	*Angel Ortega.*
Jefe de servicio...	*Fausto Montojo.*
Soldado...	*Gabriel Algara.*
Un criado...	*Mariano Alonso.*

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón, sala y escenario están completamente a oscuras. Siluetadas, con pasta luminosa, se ven todos los aparatos de un Laboratorio moderno. Entre ellos se mueven las tres batas blancas de dos médicos y un ayudante.

VOZ. *(De Nietzsche.)* Aquello que vivimos en sueño, siempre que lo vivamos con frecuencia, pertenece, al fin y al cabo, a la totalidad de nuestra alma, como cualquier otra cosa realmente vivida. Por ello somos más ricos o más pobres, tenemos una necesidad más o menos, y en pleno día, incluso en los más serenos instantes de nuestro espíritu despierto, somos llevados un poco de la mano por los hábitos de nuestro sueño. *(Luz de mediodía en la escena, donde se encuentran los doctores Ballina, Carrasco y un Ayudante. Cada cual presta atención a su trabajo. Pausa.)*

BALLI. *(Al Ayudante.)* Vete al patio de San Vicente y, si está Osuna tranquilo, tráetelo. *(Mutis del Ayudante. A Carrasco.)* Te va a producir verdadero asombro la mejoría de ese pobre loco. Bastó descubrirle el origen de su enfermedad para que al momento se iniciara el proceso de su curación. Te acordarás que lo teníamos un poco abandonado. Un día sostuve con él una conversación de breves minutos y sobre los elementos que de ella recordaba hice después el psicoanálisis y quedé plenamente convencido que estaba bajo la influencia de un choque producido por un sentimiento perverso de la sexualidad. Luego, poco a poco, fuí sacándole del cuerpo confesiones muy disimuladas al principio, pero que a medida que se estrechaba el

675305

cerco se iban aclarando, hasta que por fin, cuando creí llegado el momento oportuno, le descubrí, con violenta sinceridad, mis observaciones. Ya puedes suponerte la escena. A un hombre a quien se le echa en cara su perversión, lo primero que hace es querer matarte...

CARR. Y con razón. Aun dando por ciertas tus observaciones, hace falta una gran audacia para atacar en esa forma tan violenta lo que pudiéramos llamar mentira organizada. Eso sólo se puede hacer, sin peligro, cuando se dispone de una gran fuerza. A mí no se me ocurriría nunca, y creo que tú debes tener cuidado en esos ensayos. No hay nada más peligroso que meter la verdad como una cuña en un bloque sólidamente formado por la mentira, que, al fin y al cabo, es lo que tú haces.

BALLI. No hagas caso. Lo convencí. Le expliqué el proceso, le hablé del inconsciente, de la censura que forma la moral, de las luchas entre la conciencia y la inconsciencia, de que su propia enfermedad demostraba su hombría, etcétera, etcétera. El caso es que, poco a poco, ha ido reaccionando, y ahora, cuando lo veas, no lo vas a conocer.

CARR. *(Sin dejar de trabajar.)* Me produce una gran alegría oírte hablar, tan seguro, de los nuevos procedimientos, pero insisto. Siempre pienso si no irás demasiado lejos con tu optimismo.

BALLI. Mientras tengamos la razón por consejera, nunca vamos demasiado lejos. Lo que no se puede hacer, y en estas cuestiones de psiquiatría menos que en ninguna, es caminar, como dice un compañero nuestro, con las poquísimas verdades absolutas que poseemos, porque con ellas no llegas a ninguna parte. Muchas veces hay que echar mano de la hipótesis y hasta rellenar, tú mismo, el vacío que queda entre una cosa y otra. Hay que romper esa pasividad con que hasta hoy hemos mirado esos patios repletos de locos, condenados a esperar que la muer-

te les resuelva su enfermedad. Preferible es para el médico pasar su vida experimentando, con la esperanza puesta en una solución, que cruzarse de brazos ante la enfermedad, cuyo origen y tratamiento desconoce, pretextando que es incurable. Tú sabes lo que se ha discutido sobre la conveniencia o la no conveniencia de inocular de paludismo a los atacados de parálisis. Pues bien, yo, ante un paralítico, no vacilo un solo instante en provocar el contagio. Y no es suficiente, para hacerme cambiar de opinión, el peligro a que se expone el individuo, porque no hay nada peor que la muerte que, de manera segura y definitiva, lleva en sí la misma enfermedad. En el remedio hay una parte de esperanza; ¿poca?, ¿mucha?, la que haya. Lo mismo me da el noventa por ciento que el uno por mil, el caso es que hay quien se cura, y aunque no fuera más que por salvar a uno, a uno solo de los que pasan por nuestras manos, condenado a muerte, merecería la pena ir todo lo lejos que se pueda en cuestiones de experimentación. Ahí tienes el caso de don Manolito. Un hombre de juventud, de riqueza, de consideración social y un sencillo desequilibrio nervioso lo pone en el más lamentable estado... Con su misma perturbación hay enfermos que pasaron su vida recluídos en un manicomio y, sin embargo, éste, con uno de esos que tú llamas atrevimientos míos, ha logrado recobrar la razón completamente.

CARR. ¿Completamente?

BALLI. ¡Completamente! De ello respondo con mi cabeza. Hoy mismo se marcha, dado de alta por mí. Bastó equilibrar la relación del autónomo con el simpático para que el resultado no se hiciese esperar y, hoy por hoy, razona como pudiera hacerlo yo o como pudieras hacerlo tú. Ayer, sin ir más lejos, le invité a comer y de sobremesa me habló de sus proyectos para el porvenir. Horrorizado ante el espectáculo que

ofrece nuestro manicomio, quiere emplear parte de su fortuna en construir uno nuevo donde no falte nada para el bienestar de los enfermos. Se le ha ocurrido una cosa preciosa, si fuera posible realizarla. Al mismo tiempo que se ponen en juego todos los adelantos modernos, en el nuevo establecimiento se propone poner al servicio de los que llamamos hasta la fecha incurables todo lo necesario para que vean satisfechas, en parte por lo menos, las ilusiones de su monomanía. Aquellos enfermos que conquistaron su simpatía durante su estancia en ésta serán los primeros asilados de la nueva casa de salud, que se llamará el Palacio de la Reina Beatriz, por ser la pobre loca, que se cree la reina, la primera que se instalará en él.

CARR. ¿Y tú crees que al hombre que se le ocurren esas cosas está ya cuerdo?

BALLI. Tan lo creo que, aceptando el ofrecimiento que me hizo, movido seguramente por la gratitud, voy a dirigir el nuevo establecimiento. Ya sé que hay cosas que pudieran parecer extrañas, pero no he querido discutir el espíritu del proyecto porque espero imponer, con tacto y con tiempo, el criterio que tengo sobre estas cosas. *(En la puerta aparecen Sor Ursula, superiora del manicomio, y don Manolito.)*

URSU. *(Al entrar.)* Buenos días, don Luis, buenos días, Carrasquito. Aquí tenéis a don Manuel, que ya se nos va, tan sano y tan fuerte por la gracia de Dios.

BALL. Y de la Constitución, Sor Ursula. Y de la Constitución, porque hay que poner a alguien con Dios para el caso de que las cosas salgan mal. Si salen bien, a Dios gracias; si salen mal, que la Constitución, que es el médico, tenga la culpa. *(A don Manuel.)* ¿Qué hay, don Manuel? ¿Se marcha usted hoy?

MAN. Sí, señor. Gracias a usted, por fin me marcho hoy. Dios me puso malo sin duda porque lo merecía, pero también permitió que usted me

pusiese bueno, sin duda también porque lo creyó justo. Sólo lo que El quiere se realiza. De su sola voluntad dependemos.

URSU. Alabado sea su nombre, don Luis, alabado sea su nombre. Usted debe darle gracias porque con usted estuvo generoso dándole tanta inteligencia y tanta suerte. Ya me ha dicho don Manolito que piensa gastar una gran cantidad de dinero en fundar un nuevo manicomio que usted va a dirigir.

BALLI. No. Nada de manicomio. Un palacio donde una reina tenga su corte, ¿verdad, don Manolito? Nada de locos. La horrible palabra no se oirá nunca en nuestro palacio. Serán enfermos, porque enfermos hay en todas partes. Vamos a crear una leyenda y a darle vida. Una reina, prisionera de amor en su palacio, espera al rey para casarse. El rey nunca llega. Sus tropas guardan por fuera el edificio y con ellas establecemos la disciplina por temor. Muchas habitaciones bien amuebladas, cuartos de baño, duchas, gimnasio, laboratorio, ropa muy limpia, comidas muy sanas y un médico que asista con independencia de criterio y autoridad máxima a los que se sientan indispuestos. Y todo muy bonito y muy alegre y muy optimista: la reina, los altos empleados, don Mariano, el pobre loco, logrará ser obispo; otros, jueces; algunos, comerciantes; otros, soldados; otros, poetas y todos felices por lo menos hasta donde sea posible. ¿No es eso lo que nos proponemos, don Manuel?

MAN. Exactamente. Vamos a crear una leyenda y a darle vida. Una reina, prisionera de amor, en su palacio espera al rey para casarse. El rey... no llegará nunca. Toda mi fortuna está dispuesta para hacer agradable la vida a estos desgraciados. Nada de castigos, ni nada de violencias, ni nada de miserias, bastante tienen ya con su penosa enfermedad. Hay que intentar curarlos sin escatimar nada y al que no se

pueda curar hacerle la vida agradable, haciendo factible la realización de sus caprichos.

URSU. Ya lo hacemos aquí. Lo que pasa es que no tenemos medios. Usted debe dedicar a este manicomio lo que piensa gastar en el otro, y ya vería cuántas cosas hacemos. Apenas tenemos para darles de comer y, sin embargo, ya hacemos algo de lo que usted se propone hacer. Suárez dice que es capitán y todos le dicen el capitán, y tiene sus soldados y hacen su instrucción.

MAN. Sí; pero no es eso, Sor Ursula, no es eso todo lo que nos proponemos.

URSU. ¿Cómo que no es eso? Ahora verá. *(Va hacia la puerta. Llamando.)* ¡Capitán! ¡¡Capitán!! Ven aquí. *(Se presenta un loco miserablemente vestido, con un gorro militar. Este loco y todos los que intervienen en la obra tienen su locura en el pensamiento y, por lo tanto, en la palabra. Cualquier esfuerzo del actor que degenera en grotesco, en la interpretación de los gestos, pudiera falsear la intención del autor. Nada de locos. Tenemos que secundar a don Manolito en su noble empeño. La anormalidad de la acción está en la extravagancia del pensar, pero con tal naturalidad han de vivir los que toman parte en ella, que deba dudarse de su locura en la mayoría de los momentos.)*

CAP. ¡A la orden de mi generala! ¿Qué manda la generala? ¡¡Viva la generala!!

URSU. Calla, calla, no seas loco. Llama a tus soldaditos para que se despidan de don Manuel, que ya se puso bueno y se va hoy.

CAP. ¡A la orden, mi generala! *(Da unos pasos rígidos hacia atrás.)* ¡Con el permiso de mi generala! *(Dando grandes voces.)* ¡¡Cosacos y coraceros!! ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Ah!!! *(Van llegando locos, atropelladamente. Visten como vagabundos, con ropa sucia y harapienta. Son hasta quince. Irrumpen en el laboratorio. En sus caras, gestos diversos de los enfermos nerviosos, unos*

torpes y otros vivarachos. Mucho de tragedia y poco de comicidad.) ¡¡Formeeen!! ¡¡Firmeees!! *(Obedecen con rigidez.)* ¡¡Cuatro pasos al frentee!! ¡Eeh!

TROPA. *(Muy a compás.)* Un, dos, tres, cuatro.

CAP. ¡¡¡Cuatro hacia atrás!!! ¡¡¡Aaah!!!

TROPA. *(Andando hacia atrás.)* Un, dos, tres, cuatro.

CAP. ¡¡¡Media vuelta!!! ¡¡¡Aaaah!!!

TROPA. *(Obedeciendo, quedando al final de la pared.)* Un, dos.

CAP. ¡Vuecencia manda, mi generala!

URSU. Que digan ahora su reglamento y que se despidan de don Manuel.

CAP. *(Enfáticamente.)* ¡¡Cosacos y coraceros: por orden de la generala, decid vuestro reglamento!!

TROPA. *(A coro.)* Amar, amar, amar. Amar a Dios, a la Patria y a la Religión. Amar, amar, amar. Obedecer, obedecer, obedecer. Obedecer a la generala, al director y al capitán. Obedecer, obedecer, obedecer.

CAP. ¿Todos somos?

TROPA. Uno.

CAP. Nadie podrá...

TROPA. Quejarse.

CAP. Siempre estaremos...

TROPA. Contentos.

CAP. ¡¡Media vuelta!! ¡¡¡Ah!!!

TROPA. *(Obedeciendo.)* Un, dos.

CAP. Ahora, al marcharnos, diremos: ¡Un, dos, tres, viva don Manuel! ¡De frente! ¡¡Aaah!

TROPA. *(Haciendo mutis.)* Un, dos, tres, viva don Manuel. Un, dos, tres, viva don Manuel. Un, dos, tres, viva don Manuel.

URSU. Vea usted, don Manuel, vea usted cómo también nosotros procuramos que se distraigan nuestros enfermos. Y no tenemos medios. Puede que Dios lo haya puesto bueno para bien de estos desgraciados.

MAN. Puede, madre, puede; por lo menos, yo he de hacer todo lo posible. Mañana mismo le man-

daré un donativo de veinticinco mil pesetas. Yo haría aquí todo lo que me propongo hacer, pero no es posible, Sor Ursula, no es posible. De un palacio siempre se puede hacer un manicomio, pero de un manicomio no hay forma humana de hacer un palacio. Usted me manda todos los enfermos que aquí no tengan sitio. Además le ayudaré frecuentemente, pero no insista. Nada ni nadie me hará cejar en mi deseo. Quiero que dé usted las gracias, en mi nombre, a las hermanitas y les diga lo mucho que les agradezco sus atenciones. Y a ustedes, señores, no tengo nada que decirles; ya saben cuán agradecido me voy. Doctor Carrasco, déme usted un abrazo. *(Se abrazan.)* Y a usted, doctor Ballina, esta misma noche lo espero a comer en mi casa. De sobremesa nos pondremos de acuerdo y se hará todo inmediatamente. Sor Ursula, quiero pedir a usted un favor, que espero no me negará: desearía... despedirme de la Reina.

URSU. No faltara más, don Manuel. no faltara más. ¡Qué ejemplo de la bondad de Dios con las personas que son buenas! *(Va hacia la puerta. Llamando.)* Curro, venga acá. Diga a Sor Victoria que traiga a la Reina. Y a los músicos que preparen la despedida de don Manuel. *(A la escena.)* No sólo de pan vive el hombre, dice el refrán, y es cierto: estas atenciones sirven a los desgraciados de más consuelo que las limosnas materiales, y sólo las practican los que tienen un corazón hermoso, que es mejor tesoro que el dinero. Dios está sobre todo y dispone las cosas como mejor convienen. ¡Quién sabe qué ocultos designios hubo en su enfermedad cuando se ven estos resultados!... Ya vienen, ya vienen. ¡Mire qué contenta! *(Entra la Reina y Sor Victoria. La Reina viste pobre y estrafalariamente. Una falda larga y un trapajo cosido a ella, simulando una cola. Una blusita cerrada y un peinado que, estando en des-*

orden, quieren ser el de una reina antigua. Moño alto, algunas flores en la cabeza y en la mano derecha unos impertinentes hechos de un aventador de palma.)

REINA. *(Locuaz y risueña. Joven y guapa.)* ¿Dónde está el Rey, dónde está el Rey? ¡Ah! ¿Pero no es el Rey? ¿Qué quieren ustedes? ¿Casarme con el príncipe Adolfo? ¡No, no y no! Es inútil tanta estratagema. Yo no me caso con nadie. Yo no quiero a nadie. *(Dirigiéndose a don Manolito.* Dígaselo usted. ¿Usted va a verlo? Dígaselo y dígale que venga, que no sea tonto, que me están tendiendo lazos continuamente, que me tienen encerrada. Que venga a hacer unas maniobras, que yo estaré en una ventana que da al campo. Que venga cuando quiera, a cualquier hora, que siempre le estoy esperando; que esté tranquilo, que a mí no me pasa nada, nada; pero que venga. Que venga vestido de caballero de Santiago; pero que venga pronto, pronto. *(Se sonríe. Luego, a través de sus deseos sensuales, se ruboriza, y con la cabeza baja y con emoción continúa:)* Dígale... *(Suspira.)* ¡Dígale que venga pronto, que me muero de amor!

MAN. *(Con emoción, mientras todos sonríen.)* Así lo haré, señora, y muy pronto tendréis noticias del Rey. *(Le tiende la mano.)*

REINA. *(A Sor Victoria.)* ¿Qué quiere este hombre?

VICTO. Quiere estrechar tu mano. Se marcha ahora mismo.

REINA. *(Con asombro.)* ¿Mi mano? *(Con emoción.)* ¡Quiere mi mano! *(Llorosa.)* Mi mano, no, Sor Victoria, mi mano, no. No, no. Mi mano, no, Sor Victoria. *(Se refugia detrás de ella.*

VICTO. No seas tonta. Dale la mano a este señor, vamos. *(Intenta cogerla de la mano.)*

REINA. *(Bravamente.)* Mi mano, no, Sor Victoria, mi mano no se toca. Mi mano es sagrada, sagrada. Sólo la besa el que está en gracia. Así lo quiere el Rey. *(Bajando la voz, ruborizada, aco-*

metida de los mismos deseos.) El Rey. Así lo quiere el Rey, el Rey. *(Esconde la cara entre sus manos maliciosamente.)* El Rey. *(Don Manolito inicia el mutis.)*

TELON MUY RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Salón lujosamente decorado en el Manicomio-palacio de la Reina Beatriz. Muebles, trono, telas, tapices, etc., etc. Al buen gusto del decorador. Al levantarse el telón, estará sola la escena, que ha de llamar la atención por el esplendor del decorado. Una puerta al centro y otra en el lateral izquierda.

(Un loco, fantásticamente vestido de soldado, hace la guardia, por fuera, en la puerta del centro. Por la puerta del lateral izquierdo entra don Manuel. Lo repasa todo con detenimiento y, encontrándolo a satisfacción, toca un timbre y se sienta. Por la misma puerta llega un loco vestido de criado: uniforme azul, cuello alto y cerrado.)

CRIA. ¿Llamaba usted?

MAN. Dígale al Jefe de servicio que venga. *(Pausa.)*

SOLD. *(Con energía.)* ¿Quién vive?

VOZ. *(Fuera, gritando:)* ¡Jefe de servicio!

SOLD. *(A don Manuel.)* Jefe de servicio.

MAN. Que pase.

SOLD. Adelante. *(Entra el Jefe de servicio. Figura ser enfermero. Viste uniforme de paño y gorra blanca.)*

JEFE. ¿Me llamaba usted?

MAN. ¿Qué ha ocurrido anoche en el patio de la guarnición?

JEFE. En realidad no ha ocurrido nada; pero pudo ocurrir una catástrofe. Ya recordará usted que cuando a Collerón se le metió en la cabeza que era el comerciante más grande del mundo, dió usted orden que se le instalara un gran almacén por donde pasara todo lo que se consume en el establecimiento. Que se simulara la compra-venta con dinero falso que se había de

mandar a hacer exprofeso. Todo se hizo como usted lo mandó, y tan metido estaba en su papel, que la mejor contabilidad del establecimiento era la que él llevaba. Tenía en cuenta lo que costaban las cosas, y les cargaba el trescientos por ciento a todos los artículos. Tan a maravilla llevaba su comercio, que empezamos a creer que estaba cuerdo. Ya hace algún tiempo se empezó a quejar de su negocio, diciendo que no ganaba bastante, y le dió por achacarlo a la tiendecilla que, fuera del manicomio, tiene un buen hombre que se llama Perico, el Extraño. Todos le llevamos la corriente, y la idea fué tomando cuerpo en su cerebro. Anoche se presentó en el patio y empezó a decir que debían salir nuestros soldados a quitar las tropas del Rey, con las que siempre estamos amenazando, como usted sabe, a nuestros enfermos. Les dijo también que Perico, el Extraño, tenía la culpa de todo lo que pasaba aquí dentro, y que el día que le quemáramos la tienda serían todos libres y no faltaría de nada. Las tropas se alborotaron; y como les dijera que eran unos cobardes si no salían, se empezaron a formar, y ya estaban dispuestos a salir, cuando nos enteramos los cabos; nos opusimos, se enfadaron, quisieron atropellarnos, y hubo que repartir una poca de leña. Se le avisó al médico, y don Luis dió orden que encerráramos a Collerón y a dos o tres locos de los más resueltos.

MAN. ¿Tuvieron ustedes algunos heridos?

JEFE. Sí, señor. Dos. Uno de ellos es preciso ver lo que se hace. Es díscolo y tiene mala idea. El padre de don Mariano, el Obispo, siempre que viene a ver a su hijo deja una tarjeta en la Dirección, otra en el despacho de don Luis y otra en casa del administrador. A Marchena, que es a quien me refiero, le chocó verle hacer esas cosas, y le ha puesto "el loco de los papelitos". El otro día estaba de guardia en

la Dirección, y al ir a dejar su tarjeta el padre de don Mariano, le dijo que aquí no se querían locos, y como no lo comprendiera e insistiese, lo llevó a empujones hasta la puerta. Hubo que prestarle asistencia, porque el pobre señor se puso malo del susto; y de esas cosas ha hecho ya varias. Al novio de una de las muchachas de la cocina le pegó unos golpes la otra tarde.

BALLI. *(Desde fuera, dirigiéndose al loco de guardia:)* Así me gusta, muchacho, así me gusta. ¿Cómo te encuentras? *(Le da unas palmaditas en el hombro.)* Contesta. ¿Cómo estás? *(El loco guarda silencio con una rigidez marcial.)* Vamos, hombre, habla.

SOLD. La guardia no habla.

BALLI. Pero, hombre, ¿ni con el médico?

SOLD. Con nadie.

MAN. *(Cariñoso.)* No me quebrante usted la disciplina, y entre, que tenemos que hablar. *(Al Jefe de servicio.)* Suelte a Marchena y mándelo venir, y a ver cómo hacen ustedes para que no se le vuelva a pegar a ningún enfermo. A ninguno, ¿estamos?

JEFE. Descuide usted. *(Mutis.)*

MAN. *(Al Médico.)* Es preciso, por todos los medios que estén a nuestro alcance, que no se repita lo de anoche.

BALLI. De eso quería hablarle. Se ha ido más lejos en el tratamiento de estos dementes de lo que estimo razonable. Me parece muy bien que se les rodee de toda clase de comodidades, que se agote con ellos la paciencia y la amabilidad, que se toleren sus manías, pero alentar y hasta añadir material a sus perturbaciones me parece en extremo peligroso. Nuestra actitud, que pudiéramos llamar de adulación ante la locura, podría llevarnos, cuando menos lo pensáramos, a una verdadera catástrofe.

MAN. No comparto su pesimismo, y cada día estoy más contento con nuestra obra. Antes, al con-

trario, creo que hay alguna deficiencia por nuestra parte, pero siempre seguro de nuestra buena orientación.

BALLI. No, en eso no estamos de acuerdo. Nuestra orientación de hoy no es buena, porque es un verdadero disparate fomentar, como hacemos, la locura de estos desgraciados. Es precisamente todo lo contrario el plan a realizar. Hay quien opina, con sobrado fundamento, que la locura es al hombre despierto lo que el sueño al hombre dormido. Un hombre loco es, por tanto, un hombre que sueña continuamente. El sueño, según teorías modernas, es un deseo reprimido por nuestra conciencia. En la realización de este deseo se toman incoherentemente materiales en nuestra vida, relacionado con el mismo deseo; pero, al despertar, el olvido borra lo que soñamos, o es rechazado nuestro sueño por las reglas de la normalidad. Ahora bien; nuestra infancia y nuestra juventud están llenas de deseos, unos lógicos y naturales, otros morbosos y perversos, la mayoría de ellos inconfesables. Nuestra moral, haciendo de censura, se encarga de rechazarlos, y en esta lucha entre el deseo y la censura está la llave de la mayoría de las perturbaciones. Ante un enfermo de la mente hay que escudriñar toda su vida, penetrar en su pensamiento, en sus sueños, en sus inclinaciones, en todos sus actos, por insignificantes que sean, y cuando sorprendemos el choque del deseo con la moral, hay que operar sobre la conciencia, descubrir al enfermo el origen de su enfermedad, que casi siempre es ignorado por ellos; retrotraerles al instante mismo del accidente, reforzar los diques de su conciencia y de la mano conducirlos por el camino verdadero. En una palabra, analizar la psicología de cada enfermo, y donde se note una anormalidad, descubrirla al mismo interesado para que vea lo que pudiéramos llamar el desnudo de su propia conciencia.

MAN. No siga, doctor, no siga, se lo ruego. Empiezo a dudar de su razón. ¿Desnudar a la gente por dentro? ¿Descubrirles lo que pensamos de ellos? ¿Decirles la verdad, la verdad completamente desnuda? No, doctor, de ninguna manera. Aquí no se le dice la verdad a nadie, absolutamente a nadie. Un día me dijo usted una cosa preciosa: Vamos a darle vida a una leyenda; hoy me ha dicho otra muy bonita: La locura es un sueño continuo, ¡un sueño continuo! Déjelos que sueñen, doctor, déjelos que sueñen. *(A Marchena, que llega.)* Adelante, adelante. *(Al Doctor.)* Vamos a ver con lo que está soñando Marchena.

MARCH. ¿Quién me necesita? *(Este personaje puede hacerse con acento andaluz.)*

MAN. *(Cariñosamente.)* Vamos a ver, hombre, vamos a ver; ¿por qué le has pegado al novio de la freganchina?

MARCH. Porque está loco, y a los locos hay que darles leña. El loco con la pena es cuerdo. Hay que darle leña, mucha leña. Y a la freganchina también le voy a dar leña.

MAN. ¿Pero por qué, hombre? ¿Qué te han hecho?

MARCH. Que están locos.

MAN. ¿Pero quién te ha dicho a ti eso?

MARCH. Yo, que lo he visto. Ella se pone en el pretil de la azotea, y él enfrente, en medio del campo, y se llevan las horas y las horas haciendo piruetas. Que si tú, que si yo. *(Simula las señas que suelen hacerse los novios. El Médico y don Manolito sonríen.)*

MAN. Bueno está, hombre, bueno está. ¿Y al padre del señor Obispo?

MARCH. ¿El loco de los papelitos? ¡Osú! Ese está más loco que una cabra. Tiene unos papelitos blancos donde ha escrito su nombre, y se pasa la vida dándole papelitos doblaos a todo el mundo. A ese tío hay que darle leña. ¡La diferencia que hay del hijo al padre! ¡Parece mentira! Usted me deja a mí, que yo los conozco

muy pronto; leña, leña y castigo. Yo he estado en muchos manicomios, y sé cómo se trata a los locos. El loco con la pena es cuerdo. Usted me deja a mí. Yo estuve en un sitio de locos muy peligroso: cuando estaban sueltos les daba por matar a la gente, y habían matado a muchos. Los encerraban, y se ponían pacíficos. ¡La leña! ¿Usted no ha visto por ahí unas salas muy grandes donde venden café y en donde hay muchos grupitos de hombres, que unos hablan muy bajo y otros a voces, como si fueran a pelear? ¡Locos perdidos! Y hay muchos más. Todo el mundo está loco. A unos les da por hablar, a otros por correr, y hay que ver cómo van por esos caminos. El otro día vi a un tío que le daba por parar a los automóviles en medio de la calle. Hacía así. *(Hace como los guardias de la porra.)* Y todo el mundo parado. Hay que tener cuidado porque eso se contagia. Déjeme usted a mí, que yo los conozco. *(Fuera se oye un toque de clarín agudo y estridente y voces: "¡Paso a la Reina! ¡Guardias! ¡Formad!")*

MAN. *(Señalando la puerta del lateral izquierda.)* Llevese a Marchena. *(Mutis del Médico y Marchena. A los acordes de la marcha americana entra la Reina, precedida de sus damas. Viste lujosamente: manto de armiño, corona real sobre sus sienes y porte de verdadera realeza. Con un gesto despedirá don Manolito a los servidores, quedando sólo en escena con la Reina. En la cara de ésta hay un gesto de pudor, provocado siempre por los deseos sensuales, alternando con una delicada coquetería.)*

REINA. ¿A quién tengo que recibir hoy?

MAN. A quien quiera Vuestra Majestad.

REINA. *(Echando su mirada desde los ojos de don Manolito al suelo, y desde el suelo a los ojos de don Manolito.)* ¿Por qué no me hablas de tú? Las reinas siempre gustaron de esas confianzas con sus favoritos, y tú eres mi favorito.

Háblame de tú, al menos cuando estemos solos.

MAN. Como quiera Vuestra Majestad.

REINA. Como tú quieras.

MAN. Como tú quieras.

REINA. Y díme, favorito. *(Riendo con coquetería.)* ¡Je, je, je! ¡Je, je, je! ¡Je, je, je! ¡Favorito! ¿A quién tenemos que aguantar hoy?

MAN. Al señor Obispo, a quien tiene concedida audiencia Vuestra Majestad.

REINA. Y dale, majestad. *(Rompe a reír con socarronería.)* ¡Je, je, je! ¿Al señor Obispo? ¡Je, je, je! ¡Pobre Obispo! ¡Je, je, je! ¡Que venga el Obispo!

MAN. *(Ceremoniosamente.)* Con la venia de Vuestra Majestad. *(Mutis.)*

REINA. *(Pasea su mirada a través de los impertinentes. Por fin, los fija en el soldado de guardia. Va hacia él coqueteando.)* ¿Cómo te llamas tú?

SOLD. *(Con emoción.)* Miguel Santos.

REINA. *(Rompiendo a reír.)* Santos y obispo, je, je, je. ¡Pobre Reina! ¡Je, je, je! ¡Santos de guardia y obispos de visita! ¡Je, je, je! *(Transición.)* Y el Rey sin venir, sin venir, sin venir.

MAN. *(Desde la puerta, cediendo el paso.)* Adelante, señor Obispo. *(Entra el Obispo. Es un loco alto y delgado. Viste sotana negra con botones morados. Sombrero de teja, que conservará puesto; anillo muy grande y aspecto jesuítico. Hay unas mutuas reverencias. Don Manolito manda retirar la guardia.)*

REINA. ¿Qué hay, señor Obispo? Te encuentro más delgado. Dentro de poco, ¿sabes?, tendrás que casarme. Va a venir el Rey. Te haremos cardenal. Te lo prometo.

OBIS. La señora sabe que yo no puedo ser cardenal mientras no se reconozca mi obispado. Todavía no me entregan mis documentos. Maniobras políticas de Roma. Y de los Agustinos. El concepto teológico de la gracia nos separa. Pero no

hablemos de eso. Otra cosa me trae ante el Trono.

REINA. Te haremos cardenal. No lo dudes.

OBIS. Señora, mis enemigos...

REINA. ¡Tus enemigos! ¿Quiénes son tus enemigos?

OBIS. Los obispos. No hay peor enemigo que el de tu mismo oficio. Ahora mismo me juegan una mala partida. Yo no sé quién. No sé quién. Pero llevo aquí dos meses, y no confieso a nadie, a nadie; y eso no puede ser. No, no, no, no puede ser de ninguna manera. ¿Entonces para qué soy obispo? ¿Para no saber los pecados de nadie? Ah, no, no, de ninguna manera! A mí, o me cuentan ustedes sus secretos, o me dedican a otra cosa. ¡Ah, no, no, no! Tenéis que confesar. Confesar. Así lo manda la Santa Madre Iglesia. Y si no, ¿qué hago yo aquí? Me voy con mi padre. Yo, sin confesar, no soy obispo.

REINA. *(Con extrañeza.)* ¿Pero confesar a quién? ¿A mí?

OBIS. ¡Ah, sí, sí, desde luego! La Reina tiene que confesar. La primera. Porque tiene que dar ejemplo.

REINA. ¿Y decirte mis secretos?

OBIS. Sí, sí, sí, desde luego. Lo manda la Iglesia.

REINA. ¿Que yo te diga mis secretos? *(Rompiendo a reír.)* ¡Está loco! ¡Ja, ja, Manuel! ¡Ja, ja! Llévátelo.

MAN. Señora: es el señor Obispo.

REINA. *(Con transición.)* ¡Aaaah ¡El señor Obispo!

MAN. *(Cortando la discusión con serena energía.)* Señor Obispo: la Reina queda enterada de vuestros deseos, y procurará complacerlos. Ahora, acompañadme. *(Salen los dos. La Reina queda pensativa. Vuelve don Manolito. Pausa. La Reina baja de su trono y pasea tristemente por la escena.)*

REINA. ¿Por qué no viene el Rey?

MAN. Todavía no es tiempo, señora. El Rey no puede hacer lo que quiere. Tiene sus ministros, que

regulan sus actos. Hasta que ellos no den su consentimiento no vendrá a veros.

REINA. ¿Y por qué no vamos nosotros a buscarlo?

MAN. Porque sus tropas guardan por fuera nuestro palacio, y nos impedirían la salida. No sería posible.

REINA. Yo quiero verlo. Necesito verlo. Algunas veces dudo de que venga. A lo mejor otra mujer más guapa...

MAN. *(Con exaltación amorosa.)* ¿Más guapa que tú? ¿Y dónde la encontraría? ¿Dónde buscar unos ojos como tus ojos? ¿Y unos dientes como tus dientes? ¿Y un cuerpo como tu cuerpo? ¿Qué reina podrá competir contigo su realeza?

REINA. *(Sin prestar atención.)* Quiero ver al Rey. Yo quiero ver al Rey. Que me diga él mismo que se casará algún día, o que me desengañe. Pasa un día y otro y otro, y yo no me caso. Y cada cosa tiene su tiempo. Y hay gente interesada en que yo no me case. No sé por qué; pero la hay, la hay.

MAN. ¿Quién puede haber que no le interese tu felicidad?

REINA. La hay, la hay. Ya lo creo que la hay. El médico me ha dicho que yo no soy reina; que quiero serlo porque me enamoré siendo una niña del Rey, y quiero casarme con él. Que él no me conoce ni se acuerda de mí. Sí, sí, sí, sí. Ni se acuerda de mí. Que no me voy a casar. Y eso sí que no. ¡Ya lo creo que no! Dice que no me voy a casar. Que el Rey no puede casarse conmigo. Que me puedo casar *(Maliciosamente.)* con un hombre cualquiera: un abogado, un ingeniero, un médico, ¿comprendes? *(Le hace un guiño malicioso.)* ¿Comprendes? ¡Con un médico! *(Rompe a reír.)* ¡Con un médico!

MAN. *(Sorprendido.)* ¡Con un médico! ¿Con él? ¿Te ha dicho con él? ¡Habla! ¡Contesta!

REINA. *(Sin prestarle atención.)* Es necesario que venga el Rey. Que venga pronto. Díselo tú. Que me quieren casar con un médico. Que no sea

tonto, que venga. Pero díle que esté tranquilo. Que a mí no me pasa nada, nada, nada; pero que venga.

MAN. *(Con energía, con nervios.)* ¡Vendrá! Yo juro que vendrá el Rey. Y si alguien propone a vuestra majestad algo que sea indigno de vuestro rango, yo mismo le arrancaré la lengua con mis manos. El médico está loco. No hacerle caso. Aquí están vuestras tropas. Vuestro trono. Vuestros ministros. Vuestro palacio. Los caprichos que caigan de vuestros labios serán órdenes reales para todos vuestros servidores. Y si queréis saber si sois la reina soltad vuestra fantasía en busca de algo que os parezca imposible, y os juro por Dios y por mi honor que ha de tardar en realizarse vuestro deseo aún menos tiempo que el que tarde en formarse en vuestro pensamiento... *(Un toque de clarín corta las últimas palabras de don Manolito.)*

REINA. *(Con éxtasis.)* ¡El Rey!

MAN. El relevo de vuestra guardia.

REINA. *(Caprichosa e insistente.)* ¡El Rey! ¡El Rey! ¡El Rey!

MAN. *(Complaciente.)* El Rey.

REINA. *(Haciendo mutis, en un arrebato de alegría.)* ¡Mis joyas! ¡Mis vestidos! ¡Mi manto! ¡Mis flores!

BALLI. *(Cruzándose con ella. A don Manolito.)* ¿Dónde va esa loca?

MAN. *(Haciendo esfuerzos para serenarse.)* No, doctor, nada de locos. La terrible palabra no se oirá nunca en nuestro palacio. Vamos a darle vida a una leyenda. La locura es un sueño continuo.

BALLI. *(Con naturalidad.)* Pero la mentira tiene un límite...

MAN. *(Francamente nervioso.)* De acuerdo. Ya estamos de acuerdo. Pero dígame ahora mismo, en este mismo instante, cuál es el límite de la mentira.

BALLI. Calma, calma, don Manuel.

MAN. No, no, no. Si no podrá contestarme, si la mentira no tiene límite, no tiene medida, no puede tener límite. Es una cosa que se mueve continuamente, cambia de sitio como nosotros, va con nosotros mismos, avanza, retrocede, depende nuestras circunstancias, de nuestra energía, de nuestro valor y también de nuestra voluntad. Sí, sí, doctor, de nuestra voluntad. No es nunca superior a nosotros; siempre depende de nosotros el situarla, y, por lo tanto, es indispensable que ahora mismo, en este mismo instante, tracemos usted y yo el límite de nuestra mentira.

BALLI. Pero don Manuel...

MAN. Sí, sí, sí. Ahora mismo, en este mismo instante. El límite de nuestra mentira es la cancela de nuestro palacio. Hay que doblar en ella la guardia, y que no entre nadie sin nuestro permiso. *(Haciendo mutis.)* Capitán... Capitán... Doblad la guardia de nuestra cancela.

BALLI. Tenía razón Carrasco. No hay nada más peligroso que meter la verdad como una cuña en un bloque sólidamente formado por la mentira...

TELON

ACTO TERCERO

Gabinete de consulta del doctor Ballina, en un rincón del jardín del Manicomio-palacio de la Reina Beatriz, del cual lo separan unas vidrieras corredizas. Los huecos de entrada son formados por las separaciones de dichas vidrieras, al cruzarse. Un diván ancho, forrado de hule blanco, una mesa, unos sillones y unas sillas del mismo color. Sobre la mesa unas cuartillas. En escena, el doctor Ballina, con bata de trabajo, y el Obispo, que viste traje negro de paisano en medio uso y botas del mismo color. Todo en él es desorden. Barba de varios días, camisa sin cuellos ni puños. Cabeza rapada y aspecto triste y resignado. El doctor observa al Obispo, que pasea por la sala.

BALLI. La alegría que producirá a tu padre verte ya en vías de curación. Porque tú te curas. ¡Ya lo creo que te curas! Tú eres hombre de gran voluntad, y observo claramente que la has puesto toda al servicio de tu salud. Estoy muy contento contigo. Muy contento. *(Pausa.)*

OBIS. *(Sin prestar atención y atento sólo a sus reflexiones.)* Entonces, ¿yo qué soy? Si no soy obispo, ¿qué soy yo? Porque algo seré yo. Usted tendrá razón, pero yo también la tengo. Yo tendré que ser algo. Y ¿por qué no voy a ser obispo? ¿Porque no quieran los demás? ¿Porque usted no quiera?... Yo sé latín. *(Sonríe maliciosamente.)* No mucho, pero el mismo que ellos. *(Vuelve a sonreír. El Médico le observa atentamente.)* ¿Usted sabe latín, doctor?... Si usted lo entendiera, le diría algo interesante. De eso me reía. Las cosas de los muchachos. *(Pausa.)*

BALLI. Sigue.

OBIS. *(Con intención.)* No.

BALLI. Sigue, sigue.

OBIS. Retentum. *(Sonríe y vacila.)* Retentum, etcétera. Corporis causan morforum es. ¿Usted lo sabía?

BALLI. *(Que en su relación con los enfermos ha de usar de una gran persuasión con el fin de subyugarlos, de apoderarse de su ánimo.)* ¿Tú recuerdas las cosas de tu niñez?

OBIS. Ya lo creo. Como si las estuviera viviendo. ¿A usted le han dicho algo de mí?

BALLI. Para que yo pueda decirte lo que tú eres, puesto que estamos de acuerdo en que no eres obispo ni siquiera profeso; para que tu curación sea un hecho; para que vuelvas a la posesión de tu personalidad, es preciso, absolutamente indispensable, que me desnudes tu pensamiento. Calcula que yo soy tu persona de confianza. Que estoy dispuesto a devolverte a tu mundo. A que vivas con tu familia. A que vivas tu vida. A que frecuentes tus amistades. A que te hagas una persona razonable, como eras antes; porque tú nunca has sido así. En los recuerdos de tu niñez vamos a buscar tu salud por razones que te explicaré detenidamente. Pero ahora contéstame a lo que te pregunto. ¿Te acuerdas de las cosas de tu niñez?

OBIS. Perfectamente.

BALLI. Escúchame. Siéntate aquí. *(Lo sienta en el diván.)* Mira. Yo voy a buscar en tu pensamiento cosas que me interesan para que recobres tu salud. No son las cosas que tú pienses en el momento, sino otras cosas relacionadas con ellas, pero que no tienen, a lo mejor, nada que ver con lo que tú estés pensando. Cuando pensamos una cosa y discurrimos sobre ella van surgiendo otras y otras, y las últimas, a lo mejor, no tienen nada que ver con las primeras, como si fueras enlazando muchos aros, unos con otros, para formar una cadena, y, aunque todos se tocan sucesivamente, el último está muy distante del primero. ¿Comprendes? A lo mejor no tiene nada que ver con él. El

primer aro puede ser feo, como la primera cosa que pienses, pero no importa, no tiene nada que ver con lo que vamos buscando. Vamos a ver. Contéstame a todo lo que te pregunte. Sin recelos. Sin reservas. Piensa que de ello depende tu felicidad, tu salida del manicomio, volver a tu vida de siempre; ser otro hombre. Vamos a ver, contéstame: ¿Tú recuerdas las cosas del colegio? ¿A qué edad fuiste la primera vez? Vamos, recuerda. ¿A qué edad fuiste al colegio?

OBIS. Muy pequeño.

BALLI. ¿Cuántos años tenías?

OBIS. No recuerdo.

BALLI. ¿Y de antes de que te llevaran al colegio no tienes ningún recuerdo... ninguno?

OBIS. Ninguno.

BALLI. ¿No hay ningún hecho en tu primera infancia que haya sido recordado por ti en alguna ocasión?

OBIS. Ninguno.

BALLI. Cuéntame de lo que recuerdes de tus primeras impresiones del colegio. Vamos a ver. Haz un esfuerzo con tu imaginación a ver si puedes llevar tu memoria a los sucesos de aquellos días.

OBIS. *(Reflexionando.)* Nada, no me acuerdo de nada.

BALLI. Antes me dijiste que te acordabas perfectamente. Voy a creer que tratas de engañarme.

OBIS. No. ¿Para qué? Es que... no merece la pena. Muchos desconocidos chiquillos. Profesores antipáticos. Personas extrañas. *(Pausa.)* El primer día me pegué con un muchacho y al segundo también con el mismo. Era el que mandaba en el patio. Todos le respetaban. Un hombrecito. Me pidió el chocolate de mi merienda. No se lo di. Y quería dárselo, pero no se lo di. Y nos pegamos. Me pudo, y al día siguiente también, también me pudo.

BALLI. ¿Le guardaste rencor?

OBIS. Le huía. No le odiaba, pero le huía. Cuando

nos encontrábamos siempre sentía deseos de pelearme con él.

BALLI. ¿Peleabas con los demás?

OBIS. Sólo recuerdo las peleas que sostuve con él.

BALLI. ¿Sabrías explicarme por qué?

OBIS. Phss. Porque fueron las primeras. Tenía más fuerza, más fuerza que yo.

BALLI. ¿Recuerdas su nombre?

OBIS. Sí. Se llamaba Manolo Isla.

BALLI. Vamos a ver. Cierra los ojos. Concentra tu atención en Manolo Isla, y vas diciendo espontáneamente todo lo que vayas pensando al recordar ese nombre. *(Le pone la mano izquierda sobre la frente y con la otra se dispone a tomar notas en sus cuartillas, después de poner el reloj sobre la mesa.)* Vamos a ver. Piensa en voz alta... Manolo Isla... Manolo Isla...

OBIS. Manolo Isla... Peleas... luchas... calor... confidencia... Rector... *(Se resiste a seguir hablando. El Médico anota.)*

BALLI. ¿Qué te ocurre? Habla.

OBIS. *(Sentándose.)* No, nada. No se me ocurre más.

BALLI. Manolo Isla confesaba con el rector.

OBIS. *(Sorprendido.)* ¿Quién se lo ha dicho?

BALLI. Tú.

OBIS. *(Con asombro.)* ¿Yo?

BALLI. Tú. Tú me lo has dicho todo y yo te prometo curarte.

OBIS. ¿Pero curarme de qué?... Yo no soy un enfermo. Yo soy...

BALLI. Sssss. Tú eres un hombre que está preso en un manicomio porque está enfermo, y vas a salir de él porque yo voy a curarte. Por lo pronto es preciso que yo no vuelva a oírte decir que eres obispo. Esa ficción tuya hay que rechazarla; de lo contrario pasarás el día y la noche en tu celda de aislamiento. Todos los castigos caerán sobre ti, porque conviene que sepas...

MAN. ¿Qué ocurre al señor Obispo?

BALLI. Le iba a explicar en este momentos los peligros que encierra para las enfermedades de la men-

te la constitución de nuestros colegios infantiles.

MAN. ¿Y qué tiene que ver con esas cosas el señor Obispo? ¿Desde cuándo está permitido al señor Obispo prescindir de sus hábitos y salir de sus habitaciones vestido de seglar?

OBIS. Yo no soy obispo, don Manuel, yo no soy obispo. Yo soy un enfermo. Yo soy un loco.

BALLI. *(Empujándolo cariñosamente hacia la puerta.)* Vamos, vamos, don Mariano, nada de niñerías. Usted es un hombre. Un buen hombre. *(Lo despide con unas palmaditas.)*

OBIS. *(Saliendo.)* No, no, un loco. Un enfermo. *(Don Manolito queda hondamente preocupado. Va hacia el sillón y se sienta en actitud reflexiva.)*

BALLI. Le he dicho toda la verdad.

MAN. ¿Su verdad? ¿La de usted?

BALLI. La verdad.

MAN. Cada uno tiene su verdad.

BALLI. Yo no conozco más que una para todos.

MAN. *(Excitado.)* Eso no es cierto, doctor, cada individuo forma su verdad con los materiales que van bien a su vida. No hay dos vidas iguales. No es posible que haya dos verdades parejas. Sólo el que convive con su propia verdad puede emitir juicios sobre ella. Vive su verdad de asesino el que mata a traición en una callejuela y vive su verdad de héroe el que caza a sus semejantes en la guerra.

BALLI. No hay sociedad posible con esa teoría.

MAN. Eso no lo sabemos. No sería posible ésta en que vivimos. Para decir lo mismo de otra habría que ensayarlo.

BALLI. Calma, don Manuel, calma. No es así como hemos de comentar la buena marcha de nuestros enfermos. Precisamente en este momento estamos en vías de convertir un loco en una persona razonable.

MARCH. *(Desde la puerta, mirando hacia fuera.)* ¡Osú! ¡Osú! ¡Qué lástima!

BALLI. ¿Qué pasa, Marchena?

MARCH. El señor Obispo que se ha vuelto loco. Se ha quitado los hábitos y va por el jardín vestido de boticario. ¡Osú! ¡Qué lástima! ¡Pobre don Mariano! ¡Tan bueno que era! Cuando decía misa en su cuarto, cada vez que llegaba uno a la ventana empezaba de nuevo. Había veces que se volvía para atrás cuando ya estaba acabando. Todas sus preocupaciones eran que todo el mundo tenía que oír la misa entera, aunque la tuviera que empezar quince veces. ¿Y confesar? ¡No le gustaba nada confesar! ¡Pobre don Mariano!, ¡tan bueno! Yo sé de locos, don Manuel. Leña, mucha leña. El loco, con la pena es cuerdo. Y esto se contagia. Y aquí no va a quedar ni un cuerdo. Y este palacio se acaba. ¡Ya lo creo que se acaba! ¡Al tiempo! Este palacio, este palacio se acaba.

MAN. *(Con energía.)* ¿Acabar con este palacio? ¡Lárgate de aquí, miserable. Y si vuelves a repetir... *(Marchena, asustado ante la actitud de don Manolito, intenta salir al mismo tiempo que entra la Reina, seguida de varias damas.)*

MARCH. *(Cuadrándose.)* ¡La Reina!

MAN. *(Yendo a besar su mano.)* Señora...

MARQ. *(Dama de la Reina, a Marchena.)* Retírese. ¡Qué desvergonzados son estos plebeyos! ¡Te, champán y carreras de caballos! ¡Ah! Sí, sí. No hay aristocracia sin carreras de caballos. Y te, mucho te. Y bailoteo. Hace falta bailoteo. ¡Mucho bailoteo! ¿Quién ha visto una corte sin bailoteo?

DUQ. Oye, Marquesa, ¿y qué es bailoteo?

MARQ. Ah! ¿Tú no sabes? ¡La pobre! ¡Tan joven! Bailoteo, hija, bailoteo. Una fiesta, ¿sabes? Una fiesta en la que todas las señoras nos prestamos los maridos, unas a las otras, nada más que para la fiesta, naturalmente, para la fiesta, para la fiesta. ¡Ah! Sí, sí, sí, sí. Y abrazas al que quieres. Al que te dé la gana. Ellos también se prestan las señoras, como es natural, unos a los otros, para la fiesta, también para

la fiesta. ¡Divertidísimo, divertidísimo! Aquí hace falta bailoteo.

DUQ. ¿Y por qué no tenemos aquí bailoteo?

MARQ. No sé, hija, no sé; tenemos de todo, de todo, hombres, música.

DUQ. ¿Música?

MARQ. Sí, hija, sí, música. Para el bailoteo hace falta música, mucha música.

DUQ. ¿Y por qué no se abrazan sin música?

MARQ. ¡Ah, no está bien visto, hija, no está bien visto! Un abrazo sin música no es propio de señoras. ¿Quién ha visto abrazar a un hombre que no es tu marido sin que suene la música? No, hija, no, eso no es posible, de ninguna manera.

DUQ. Pues yo quiero bailoteo sin música. Y que digan lo que quieran. A mí si me abrazara un hombre que no me hagan ruido.

MARQ. Pero eso no es posible, hija, no es posible. Eso no es correcto. No está bien visto. No sé cómo explicártelo. A ti te gusta un hombre, quieres darle un abrazo, y no vas a decirle: Te espero esta noche en el salón del Marqués de Bras para darte un abrazo. Eso no es posible. La casa no es tuya. No te dejarían entrar los servidores. Las amigas te pondrían como un trapo. Dirían que estabas loca. En cambio, te gusta un amigo, le preguntas con naturalidad: ¿vas al baile del Marqués? Sí... ¿Bailarás conmigo? Encantado, chica, encantado. Y encantado, encantado, encantado... *(Simula bailar.)*

DUQ. ¿Y por qué no tenemos aquí bailoteo?

MAN. *(Cortando la conversación.)* Tendremos baile. Esta misma noche dará la Reina, ¿verdad, señora?, una gran fiesta y bailaremos todos, todos, y habrá te y champán y hasta carreras de caballos si queréis.

DAMAS. ¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría!

REINA. ¿Y el médico, también bailará? ¿Bailarás, doctor?

BALLI. Bailaré, bailaremos. Pero antes es preciso sa-

ber si está dispuesta a seguir mis consejos y a obedecer mis órdenes.

REINA. ¿Obedecer la Reina?

BALLI. Ya estamos. Ya estamos. No hay cosa que te perturbe más que tu público. *(A las damas.)* Vamos, vamos; a pasear por el jardín.

MARQ. Ya sabemos, ya sabemos. Vámonos. La discreción, hija, la discreción. Para ser dama de una Reina hay que ser discreta, muy discreta. *(A las otras damas.)* Vámonos, vámonos. A hacernos las tontas. A pasear por el jardín, la discreción, la discreción. *(Mutis.)*

BALLI. *(A la Reina.)* Toda tu serenidad se altera cuando hay gente delante. Me encanta hablar contigo cuando estamos solos. *(A don Manolito.)* La enfermedad de Beatriz...

MAN. *(Con extrañeza.)* ¿Beatriz? La Reina.

BALLI. Exactamente. La enfermedad de la Reina Beatriz requiere un tratamiento de soledad, de sosiego, de silencio, de calma. Estoy convencido. Todo este ruido la perturba. Su imaginación se alborota, con el más insignificante detalle. Un color, un sonido, una voz cualquiera. Cuando estamos solos, la Reina se convierte en mujer, da gusto oírla. ¡Tan joven! ¡Tan guapa! ¡Tan simpática! ¡Tan razonable! Cuando hay alguien delante, la mujer se convierte en reina, se altera, se perturba, se alborota.

MAN. Si es mi presencia la que le estorba, puedo retirarme.

BALLI. Sí, don Manuel, retírese. También he de hablar con usted muy despacio. Lo encuentro nervioso, excitado... Tenemos que charlar... Pero luego, más tarde. Ahora quiero ver si fijo en un solo punto, en una sola dirección, esas vibraciones disconformes de esta bella cabeza. ¡Cuánto daría yo por conseguirlo! Márchese tranquilo, don Manuel, márchese tranquilo. A ver si Dios quiere prestarme su ayuda. *(Pausa. En don Manolito luchan diversas emociones.)*

MAN. Es ella quién debe ordenarlo.

REINA. El médico lo pide... Yo... lo ordeno.
MAN. *(Excitado.)* Sea. Pero no olvide, doctor...
BALLI. *(Interrumpiéndolo.)* Qué he de olvidar yo, don Manolito.
MAN. No olvide, doctor, que la terrible palabra no se oirá nunca en nuestro palacio. Que nuestra vida es un sueño continuo. Que la verdad es una para cada individuo. Una sola para cada uno. *(Mutis.)*
BALLI. ¡Pobre don Manuel!
REINA. Está loco.
BALLI. Pudiera estarlo. Pero vamos a ver. Siéntate aquí. *(Se sienta en el diván.)* Fuera esa corona. *(Se la quita y la pone encima de la mesa.)*
REINA. *(Con coquetería.)* ¿Irás al baile, doctor? ¿Bailaremos?
BALLI. Iré. Pero ahora dime: *(Con persuasión.)* tú estás enferma. Quedamos ayer en que tú estás enferma.
REINA. *(Aceptándolo todo tiranizada por sus deseos sensuales.)* Sí.
BALLI. Tú, siendo pequeña, tenías un retrato del Rey, a través de cuyo retrato te enamoraste del monarca.
REINA. ¿Irás al baile? ¿Bailaremos?
BALLI. Tú, siendo pequeña, te enamoraste de un retrato del Rey.
REINA. *(Vacilante.)* Sí.
BALLI. Tú estás enferma y yo voy a curarte.
REINA. Sí.
BALLI. Bueno. Cuéntame ahora tu último sueño. ¿Qué soñaste anoche?
REINA. Anoche, anoche.
BALLI. *(La echa en el diván.)* Cierra los ojos y dime qué soñaste anoche. *(Entra sigilosamente don Manuel y se dispone a escuchar sin ser visto.)*
REINA. ¿Irás al baile? ¿Bailarás conmigo?
BALLI. Sí. Bailaremos. Pero dime lo que has soñado. Cuéntame tu sueño. *(Pausa. El médico vuelve a sentarse.)*
REINA. Soñé... Me da mucha vergüenza.

BALLI. Vamos. Habia. *(Le apoya una mano en la frente.)* Habla.

REINA. *(Con emoción.)* Soñé contigo... Me visitabas en mi cuarto y yo estaba muy contenta...

BALLI. ¿Llevaba yo puesta una corona?

REINA. No.

BALLI. ¿Ni ninguna prenda del Rey?

REINA. Ninguna.

BALLI. ¿Cuando has soñado otras veces, con hombres, no llevaban corona?

REINA. Siempre. Todos los hombres de mis sueños llevaban corona.

BALLI. ¿Y yo? *(Sobre la figura de la Reina una luz blanca.)*

REINA. No. Tú eras en mi sueño como eres; delgado, moreno, agradable, simpático. *(Sobre la cabeza de don Manolito una luz roja.)* Y tus ojos, ¡qué raro!, tus ojos pronunciaban palabras que yo oía llena de regocijo... Me decías que yo estaba enferma. Que tú ibas a curarme. Que me ibas a sacar de aquí. Que seríamos felices. Y yo, yo te creía. *(Sobre la cabeza del Doctor una luz verde.)*

BALLI. Y puedes creerme. Tú estás enferma y yo voy a curarte. *(Don Manolito, que habrá ido acercándose sigilosamente, lo cogerá del cuello, impidiendo que pronuncie la última sílaba. Atenazándole la garganta entre sus manos, irá venciéndolo poco a poco hasta dejarlo muerto sobre el suelo. Toda la escena, roja.)*

REINA. *(Abriendo los ojos se pone en pie y permanece un momento muda de terror.)* ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué?...

MAN. Muerto. Lo maté yo.

REINA. ¡Muerto! ¡Muerto! *(Gritando.)* ¡¡Mueeeerto! *(La coge un temblor convulsivo y bajando la voz.)*

MAN. *(Gritando.)* Se mató él. Lo mataste tú. Tú.

REINA. *(Temblando.)* No, no, no. Lo mataste tú. No, no, lo mató él. *(Gritando.)* ¡Lo mató el Rey! ¡El Rey!

MAN. Lo mató el Rey. *(Va hacia las vidrieras, descorriéndolas. Queda al descubierto el hermoso jardín del Palacio, gritando más.)* ¡¡Lo mató el Rey!! ¡¡Cosacos y coraceros!! ¡Lo mató el Rey! ¡¡Alineación!! *(Aparece un loco vestido de soldado que figura ser cornetín. Llama a formación y de todas partes van saliendo locos atropelladamente, alineándose en el lado izquierdo del jardín. También forma la banda militar de cornetas y tambores.)* ¡¡Lo mató el Rey!! *(La Reina, sobrecogida de espanto, se refugia cerca del jardín. El cadáver del médico queda pegado a las candilejas. En el lado contrario y en el primer término, don Manolito.)* ¡¡Cosacos y coraceros!! ¡¡Lo mató el Rey!! ¡¡¡Por traidor!!! ¡Maldición sobre los traidores! ¡La sangre salpique la tierra que pisen! ¡Los perros devoren la lengua que miente! ¡Cara dando a la Reina, vais a hacer un desfile, y las roncas trompetas que resuman la fiesta. Y la Reina que mire desfilar a sus tropas. *(Empiezan a sonar las trompetas y a desfilar las tropas, dando cara a la Reina. Sus trajes son fantásticos y sus mausers simulados, de caña. Progresivamente irán sonando los tambores. Don Manolito, gritando desaforadamente:)* ¡¡Y la Reina!! ¡¡Y la Reina!! *(Se lleva las manos a la cabeza mientras cae, muy lento, el*

TELON MUY LENTO

JUICIOS CRITICOS SOBRE EL ESTRENO DE "SINRAZON"

De EL IMPARCIAL.

En una crónica de estos últimos días expresábamos nuestro deseo fervoroso de que una mano recia y juvenil abriera las ventanas del teatro al uso, a fin de que su ambiente, confinado e inficionado del polvo morboso de los temas rancios de convención y de artificio, se renovase con un soplo de aire puro. Y he aquí que esta mano ha sido la de don Ignacio Sánchez Mejía.

Si su juguete trágico no tuviera otros valores latentes y en potencia—aparte, claro está, de sus logros felices—le bastaría haber apartado del tabladillo escénico a los maniquíes resobados de nuestras dramáticas moralidades burguesas para que señalásemos complacidos el alborear de un dramaturgo. Pues si la primera jornada de *Sinrazón* es fruto cierto de un autor, la obra en total nos deja el regusto de una promesa.

... ...

La entrada del pelotón de enajenados—cosacos y coraceros de ilusión al mando de su capitán—impresiona al público. El señor Sánchez Mejía busca valientemente la emoción humana en un medio peligroso. El acto de exposición es un logro de dramaturgo.

... ...

Enrique de Mesa.

De EL SOL.

... ...

La expectación de estos días, ante el anuncio del estreno inminente de *Sinrazón,* no ha sido vana. Su juguete

trágico—me agrada la denominación a un tiempo desencopetada y altiva—tiene, ante todo, brío, desenfado, acometividad gallarda.

... ...

Una acción en dos planos: el intelectual, en que razón y sinrazón se contrastan; el sentimental, que va revelándose poco a poco, por indicios más que por declaraciones, va desarrollándose hasta terminar en la escena de la muerte, muy bien graduada en el acto primero, con el efecto bien conseguido del pelotón de locos, y la aparición de la reina con la obsesión de su desvarío; una bella escena en el acto segundo—la del obispo—y un gracioso episodio, el de las locas que ansían el baile (atinada expresión de su manía erótica.)

... ...

Es confortador el salir, una vez siquiera, del pan nuestro de cada día, casi siempre duro o mal cocido... *Sinrazón* tiene la suficiente personalidad para sobreponerse y vivir por sí misma. Sólo nos deja una curiosidad: la de ver cómo Sánchez Mejía se las arregla con personajes cuerdos.

Diez-Canedo.

EL DEBATE

Se acusa una personalidad tan fuerte en Ignacio Sánchez Mejía, un sentimiento tan propio del teatro, una manera tan valiente y tan enérgica, que ha conseguido, con elementos ya conocidos, cómo las teorías de Freud acerca del psicoanálisis, una obra original, moderna, con atrevimientos que sin dar en la extravagancia superrealista son de una novedad atrayente. El acierto consiste, a nuestro entender, en que de ninguno de estos elementos ha hecho base de la obra, que no es así divulgadora de teorías, ni alegato en pro de ellas; todo tiene una justa significación de medio para preparar y justificar la acción dramática, que llega en el momento preciso de un modo que, sin dejar de ser aparentemente teatral, tiene la justificación ncesaria.

Jorge de la Cueva.

De A B C.

... ...

Sánchez Mejía, con sobrio estilo, desembarazado de toda afectación, acierta a transmitirnos la profunda y lacerante emoción de aquellas vidas sin timón y sin brújula, que en la sublimidad de su locura gobiernan su reino imaginario con damas de la corte y altas dignidades eclasiásticas. Esto acrecienta el mérito de *Sinrazón,* obra que rebasa la opaca normalidad de nuestra producción media y que acusa una originalidad de pensamiento y un cauce dramático, a la verdad, insospechados.

... ...

De la arriesgada prueba, en la que muchos hubieran fracasado, salió victorioso Sánchez Mejía, al que acompañó el éxito más pronunciado y entusiasta, revelador de un dramaturgo de positiva originalidad y temperamento, del que hay derecho a esperar jornadas tan beneficiosas, en su sentido renovador, como la de anoche en el teatro Calderón.

Floridor.

LA NACION

... ...

Si don Ignacio Sánchez Mejía, en suma, prosigue en sus próximas obras las meritísimas realizaciones obtenidas ya en *Sinrazón,* podríamos hallarnos, no sólo ante un dramaturgo considerable, sino ante un autor capaz de infundir a la dramática de su país el espíritu de los tiempos.

... ...

El público fué de sorpresa en sorpresa, al darse cuenta de la calidad del trabajo que le presentaba el antiguo matador de toros, y aunque se resistía en principio, no tardó en aprobar, reclamando desde el primer acto la presencia en escena del autor.

... ...

José Alsina.

LA VOZ

... ...

Juguete trágico, pero un juguete muy serio, de mecanismo que estremece: fácil en su movimiento, no exento de profundas sorpresas.

... ...

A bien poca costa podía Sánchez Mejía haber hecho una "andaluzada" más. Pero ha desdeñado lo fácil para buscar lo arduo.

... ...

El comentarista literario, como el público mismo, ha de atenerse a la emoción conseguida.

Y ésta es cierta, patentizada en escenas como la del Obispo, por citar una concreta, y en matices fugitivos, acá y allá, que reflejan sacudidas de lo subconsciente; doble fondo de *Sinrazón* que vale al dramaturgo explorador su mejor y más sorprendente ejecutoria. El final mismo, bien abordado, es algo más que de gran Guignol: interesante, sobre todo como remate del duelo, o mejor, riña, que solapadamente venían sosteniendo la razón, el amor y los celos. En el aire cálido y polémico de los entreactos, las gentes hablaban de *Enrique Cuarto*, de Pirandello, y de *La comedia de la Felicidad*, de Evreinoff. Pudo aducirse al doctor aquel del *Pato salvaje*, de Ibsen, que trataba el dolor de la existencia por el procedimiento de las *Mentiras vitales*. Pero estos recuerdos, que acaso posen en el fondo de *Sinrazón*, abonan su calidad de obra interesante, rica de abolengo y de intenciones, ajena al eterno conflicto doméstico en uso.

Fernández Almagro.

EL LIBERAL

... ...

A juzgar por esta obra, el señor Sánchez Mejía posee indudables aptitudes dramáticas. Atisba certeramente el germen dramático y sabe plantearlo con recia y fuerte sobriedad. Algunas escenas de *Sinrazón* lo acreditan muy

briosamente, aparte el diálogo, que, por lo general, es ágil, flúido, correcto.

... ...

En esta primera obra dramática del señor Sánchez Mejía, superior, desde luego, a la mayoría de las que soporta el público en nuestros benditos teatros, es digna de estima por la intención, el tono y la enjundia. Tres cosas que no siempre están bien en nuestro teatro al uso y que la mayoría de las veces no están *ni bien ni mal.*

Rafael Marquina.

LA LIBERTAD

... ...

Ante la magnífica sobriedad de aquel acto maestro; ante aquel otro desfile vigoroso del segundo; ante el desenlace emocional del tercero, nosotros, como aquel pobre loco que se cree dignidad eclasiástica y que tan importante papel juega en la obra, cerramos los ojos y nos ponemos a buscar en el reposo una orientación para nuestros juicios. Y el mismo pensamiento nos lleva hacia Sánchez Mejía.

... ...

Si aprendió la mecánica del toreo, a lidiar con los toros, a lidiar con el público, ¿cómo no había de conseguir aprender a hacer una obra de teatro?

... ...

Como pieza ejemplar, difícilmente se ha visto en treinta años en el teatro un primer acto mejor concebido y más sobriamente desenvuelto.

No falta ni sobra una tilde. Pero es que en aquel maremágnum de locos—acaso lleve cierto simbolismo de carácter social—los personajes salen y entran con una oportunidad que nos alarma a los acostumbrados a ver teatro. Y el lenguaje llano, la misma tesis que nos lleva a preocuparnos dónde puede estar la verdad, es un signo de lo que el teatro puede y debe ser en la vida.

Antonio de la Villa.

EL SOCIALISTA

... ...

El justamente titulado juguete trágico—sus tres actos son breves y constituyen un esbozo de comedia—, estrenado anoche en el teatro Calderón por don Ignacio Sánchez Mejía es una obra originalísima, cuyo asunto, por su extrema novedad, tiene la virtud de despertar vivísimo interés en el auditorio.

.. ..

Es muy plausible que Sánchez Mejía, sin bagaje literario alguno, sin el bagaje que corrientemente se exige para estos menesteres, se haya lanzado valientemente por un camino que no carece de novedad, prescindiendo de rutinas, de viejos moldes y de sentimentalismo o la "realidad" fingida de nuestros balbucientes autores dramáticos. También es posible que haya quien no le perdone su atrevimiento.

R. Alba.

LA EPOCA

... ...

Llevó el autor al público, engañándolo con una expectación regocijante, hasta el borde de la escena; allí lo fijó con dos enunciados y un concepto bien dispuesto; y luego se hizo definitivamente con la fiera hasta rematar la suerte fatal. El señor Sánchez Mejía puso con diligencia en su auditorio la emoción contenida en sus personajes, la Reina, el Obispo, don Manolito, míseros locos vistos, con mayor o menor acierto científico, en el teatro de la tragedia eterna. Debemos aplaudir llanamente, desde ahora mismo, las fáciles y limpias transiciones del acto primero; cada pieza, en su sitio; cada sombra, en su lugar. Se han tocado los resortes del sentimiento con lealtad de hombre inteligente: el ex torero ha demostrado que con los útiles del dramaturgo en la mano también sabe él templar.

... ...

Lo cierto es que el autor, burla burlando, pone en boca de los personajes ciertos comentarios socarrones: dicen

que la verdad sale de la boca de los niños y de los locos. Pudiera ser que el señor Sánchez Mejía haya querido repasar la cinta de sus recuerdos jugando al loco.

... ...

... ...

Al presentarse por primera vez como cultivador del arte escénico viene pertrechado conforme a los últimos modelos, tiene algo propio que decir y sabe la forma de decirlo.

Su obra, vista y sentida muy teatralmente, es sobria, clara, intensa y simple, con una simplicidad sintética a la que no es dable llegar a todos. Es sobre todo una obra en que se hermanan perfectamente el pensamiento y la técnica apropiada. La idea siempre dominante no se pierde en encrucijadas y rodeos para aparecer a ratos, sino que va recta y lógica desde su planteamiento hasta el final, planteamiento sencillo y final bellamente dramático, al que se llega sin preparaciones aparentes, pero con una trágica verdad y una singular maestría.

... ...

Yo declaro que entre las muchas sorpresas que me ha deparado la vida pocas han sido tan fuertes y tan complejas como la que me ha proporcionado Sánchez Mejía como escritor. Su fama como lidiador originó la expectación extraordinaria que existía en torno de su obra. Su obra justifica esta expectación y obliga a analizarla y juzgarla independientemente de su personalidad antes conocida. Es decir, que no puede basarse el juicio en la consideración relativa de "para un torero está muy bien"; no; hay que olvidar al torero y declarar: "Está muy bien, francamente bien, y sería un espléndido principio para un hombre preparado únicamente para este arte."

José de la Cueva.

BUEN HUMOR

... Ese estilo sobrio y ceñido, sin desplantes ni floreos superfluos y vanos... Ese estilo serio y justo es precisamente el estilo que estima en la plaza cualquier aficionado de verdad y que sepa de arte de toros. Ese estilo, en el teatro, no lo vemos nunca ni por casualidad. Ve-

nos, por el contrario, que se aclaman faenas de efectismo y reboleras a toro pasado y de clavo más pasado.

... La lidia de Ignacio, sin embargo, no pudo limitarse a los toros anunciados en el cartel. Tuvo que habérselas con varios embolados, por completo fuera de abono, y con un capitalista de propina, el doctor Gonzalo Lafora, que se arroja a cada paso a los redondeles artísticos, empeñado en torear, entre profesionales, sin licencia. Terrible la intervención del doctor, y fuera, a nuestro juicio, de la fiesta. En el arte de los toros el que debe poner "cátedra" es el diestro; y el diestro, aquí, era Mejía...

Esta corrida era, señores, como ya se anunciaba en los carteles—y ¡con qué calificativo de justeza y buen estilo!—, un "juguete trágico". ¡Por algo aprendió en los toros este hombre! La fiesta de los toros es también juego trágico. Y de verdad. Por eso creemos nosotros que no podrá un médico jamás entender las obras de un torero. Son opuestos. El torero juega con la vida propia, y el médico con la ajena. El torero hace de su muerte y de su tragedia un juguete, y el médico pretende que no "echemos a juego" ni "a barato" (a barato mucho menos: con los honorarios no se juega) los recortes y faroles que dedica a los pacientes...

... ...

Manuel Abril.

A B C.

... Yo recuerdo un par de banderillas que le vi poner a usted de un modo insuperablemente trágico. El que sabe mirar así a la muerte puede ser un buen dramaturgo...

He oído decir que era usted, además de un gran torero, todo un hombre... Y esto me gusta, compañero; esto me place, porque el teatro español de hoy día es un teatro bello, lleno de color y gracia, de un diálogo fino, moderno, matizado, frívolo, pero de una literatura femenina... Un teatro hembra. ¡Y aquí *hase farta un*

hombre! Ha toreado usted durante veinte años. Son muchas horas de arena, sol y sangre... La guadaña segadora ha rozado cien veces el pecho de usted... Yo pienso con pavor que el pomito de esencia divina—poesía dramática—que ocultaba usted bajo los alamares ha podido romperse una tarde de luz... ¡Loado sea Dios que nos le ha conservado!

Federico Oliver.

BLANCO Y NEGRO.

Ignacio Sánchez Mejía ha dado esta temporada la nota más aguda de originalidad en los teatros madrileños.

Cuando prevemos en el incipiente dramaturgo condiciones temperamentales de gran autor no es por mero capricho y afán de conjeturas halagüeñas. Es que en *Sinrazón* se hallan notoriamente cristalizadas. Porque un dramaturgo que logra realizar con tan vigoroso dramatismo la idea apuntada, sin recurrir en los momentos álgidos a la vanidad de las palabras excesivas e inexpresivas ni al torpe realismo del diálogo psicológico, sino que deja a sus personajes que hablen lo justo, y, sobre todo, que callen, que callen sus sentimientos y pasiones—"el teatro es el arte de lo inexpresado", ha dicho Bernard—, para que, con su tácita elocuencia, hablen esas mismas pasiones y esos mismos sentimientos, un dramaturgo que hace eso no es dramaturgo por azar ni por influjo de lecturas. Es, sencillamente, un dramaturgo específico de la raza...

Santorello.

EL PUEBLO, de Valencia.

Un ex matador de toros, el señor Sánchez Mejía, ha logrado de un golpe certero o de una bien señalada, metiendo recto el brazo, mojándose los dedos, arrimándose, lo que todavía no habían conseguido los poetas de vanguardia, los admiradores de Lenormand, los imitado-

res, los traductores y arregladores de los rusos, que están de moda; ni el mismo *Azorín*, tenaz, inteligente... Hay en *Sinrazón* sobriedad, llaneza, clara expresión, momentos de tensión dramática, sencillez y verdad en el diálogo, realismo y superrealismo...

¿Quién había de pensar que un torero daría un bajonazo al morlaco de la rutina literario-teatral y cuadraría al bicho para que lo torearan a la moderna los ingenios del que ha llamado Valle-Inclán "ruedo ibérico"? Era entre los intelectuales artículo de fe que el arte de los toros tenía mucha culpa en la endeblez de las demás artes y en la decadencia de España. Eugenio Noel fué de pueblo en pueblo predicando el Alkorán antitaurino. ¡Y del coso se nos viene al teatro, brindando su cortada coleta a Talía, uno de los llamados despectivamente ¡¡bestiarios!!

Roberto Castrovido.

LA ESFERA.

Es muy interesante que al llegar por primera vez a un escenario español, cansado de recorrer durante muchos años los de otros países, Freud sea llevado por un matador de toros, enteramente novicio en literatura dramática y casi igualmente novel en todo género de literatura...

Ya iba siendo hora de que nos naciera un dramaturgo capaz de enseñarnos con clásica sencillez, que parece a veces estudiada sobriedad, algo que, respecto a la terapéutica apropiada para el espíritu enfermo, nos interesaba conocer. Si ponemos en parangón esa obra del torero dramaturgo con casi todas las estrenadas con agobiadora pertinacia durante los últimos quince días por dramaturgos "de cartel", seguramente que no serán las de éstos las que juzguemos preferibles; y es que si no es totalmente cierto que el dramaturgo nace, pero no se hace, lo es de seguro que para hacerse necesita tener innata alguna condición especial.

Alejandro Miquis.

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 8.012

Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid